



ANDRÉ MAUROIS
LELIA O LA VIDA
DE GEORGE SAND

Sin olvidar sus éxitos como narrador, historiador y ensayista, el género que ha proporcionado a ANDRÉ MAUROIS (1885-1967) mejores críticas y más lectores es la biografía novelada. Numerosos han sido los personajes que han servido de tema al popular escritor francés: novelistas como Balzac, Victor Hugo y Marcel Proust, poetas como Byron y Shelley, políticos como Disraeli, científicos como Fleming. De esta extensa y varia galería quizá el retrato más sobresaliente sea LÉLIA (1952), documentada recreación de la agitada existencia de Aurore Dupin (1804-1876) y equilibrado balance de su obra. Ciertamente LA VIDA DE GEORGE SAND ofrece de por sí suficientes atractivos para un libro: el nacimiento la situó en la frontera de dos clases, y la educación en la confluencia del racionalismo de las luces y el romanticismo de la pasión; cruzaron por su vida sentimental hombres tan significativos como Alfred de Musset y Chopin; el conocimiento directo del mundo rural y la lectura de los socialistas cristianos la llevó a comprometerse seriamente en defensa de la libertad y de la igualdad; las dificultades en su matrimonio y en su carrera como escritora la convirtieron en la primera abanderada del feminismo y de los derechos de la mujer. Además, su obra literaria conserva más altos valores que los que la moda actualmente le reconoce: sus novelas recibieron elogios de Balzac, de Flaubert (que le llamaba «mi querida maestra» y que lloró al conocer su muerte), de Dostoievski y de Proust (quien dice de su prosa que «respira siempre bondad y distinción moral»).

A
Julien Cain
como testimonio de afecto
y de reconocimiento

Nota preliminar^[*]

¿Por qué George Sand? Las amistades del espíritu se hacen por cadenas y encuentros, como las amistades del corazón. Un amigo admirado nos hace conocer a sus amigos, y éstos nos agradan por rasgos que son también los suyos. Por Marcel Proust y por Alain me aproximé a George Sand. Las novelas de George Sand fueron los primeros libros serios que dieron a Marcel Proust su madre y su abuela. Cuando estaba enfermo, le leían en voz alta *La Petite Fadette* o *François le Champi*. Más tarde, convertido a su vez en buen catador de estilos, compartió su gusto por esa prosa lisa y fluida que, como las novelas de Tolstói, «respira siempre la bondad y la distinción moral». En cuanto a Alain, hablaba de Sand con respeto. «Esa gran mujer», decía, y el tono de su voz daba a entender que, a sus ojos, aquella gran mujer era un hombre muy grande. Agregad a estos dos fiadores los maestros que fueron sus contemporáneos. Pensad que inspiró a Chopin y a Musset; que Delacroix tenía en casa de día un estudio; que Balzac pediría a «la camarada George Sand» el tema de uno de sus más bellos libros: *Béatrix*; que Flaubert la llamaba «mi querida maestra» y lloró al enterarse de su muerte; que Dostoievski veía en ella a un escritor «casi único por el vigor de su espíritu y de su talento», y comprenderéis por qué he deseado estudiar a una mujer que fue, durante un largo período de su vida, una potencia espiritual y que hoy es demasiado poco leída.

«¿Demasiado poco leída?», dicen algunos. «¡Es que es ilegible!». ¡Qué error! ¿Algunas de las novelas que escribía «para pagar las cuentas de su panadero» no valen

gran cosa? Es cierto. Pero abrid la *Histoire de ma Vie*, la *Correspondance*, las *Lettres d'un Voyageur*, los *Journaux Intimes*. Allí es igual a los mejores. ¿Y qué autor fue nunca más fecundo en invenciones? Fue «la voz de la mujer en una época en que la mujer se callaba». Habló de música tan bien como Stendhal y mucho mejor que Balzac o Hugo. Describió la vida de los campesinos franceses con una grandeza ora idílica, ora épica. Experimentó y expresó un amor sincero por el pueblo, mucho antes de que el sufragio universal impusiese esta actitud. «No soy –decía– de esas almas pacientes que acogen la injusticia con semblante sereno». Fue la primera en abordar, en *Lélia*, problemas sensuales que solamente hoy comienzan a tratarse francamente. Fue, en sus mejores días, la novela misma, y el comienzo de *Consuelo* sigue siendo uno de los relatos mejor llevados de nuestra literatura.

Espero que todo esto responda a la pregunta: «¿Por qué Sand?». Quedaba la dificultad de renovar el relato de una vida que pasaba por ser muy conocida. ¿Para qué contarla una vez más, después de tantas otras? Dos respuestas a esto. La primera es que he tenido la suerte de encontrar numerosos documentos que me han permitido dar la importancia que conviene a la juventud y a la madurez de George Sand, lo que distribuye los episodios familiares en una más justa perspectiva.

La segunda es que la mayoría de los autores que han escrito sobre Sand experimentaban una evidente hostilidad respecto a su persona y sus ideas. Por largo tiempo estuvo de moda hablar de ella con ironía y severidad. Yo he tenido la dicha –o la debilidad– de amarla. Hablando de otra mujer, Marie Dorval, escribió un día: «Es un alma admirablemente bella, generosa y tierna, una inteligencia de selección, con una vida plena de extravíos y de miserias... Por ello, te amo y te respeto tanto más, ¡oh Marie Dorval!...». Estas frases se aplican a quien las escribió. También George Sand fue un alma generosa; ella también

tuvo una vida plena de extravíos y de miserias. El genio, compañero exigente y peligroso para todos, es un huésped todavía más temible para una mujer; y el encuentro, en amor, de dos genios produce quemantes chispas. De los extravíos, no ocultaré nada. ¿Para qué mentir? Pero quisiera hacer reconocer el genio y llevar al lector, como yo mismo fui llevado, a respetar a «esa gran mujer» y a concederle, en la historia de las letras, el lugar de honor que por derecho le pertenece.

Debo infinitos agradecimientos a la señora Aurore Lauth-Sand, que se prestó a abrirme sus archivos, relatarme sus recuerdos y dejarme tratar el tema a mi manera. Marcel Bouteron, conservador de la colección Spoelberch de Lovenjoul, me ha permitido, con generosidad, consultar todos sus archivos y, especialmente, las correspondencias Dorval-Sand, Balzac-Sand, Mme. d'Agoult-Sand, hasta entonces poco o nada conocidas. En la Bibliothèque Nationale, el señor Julien Cain, administrador general; el señor Jean Porcher, conservador del departamento de manuscritos, y los señores Jacques Suffel y Marcel Thomas han podido poner a mi disposición preciosos inéditos: las *Agendas* de George Sand, de 1852 hasta su muerte, su correspondencia con Dumas hijo y las importantes cartas al doctor Émile Regnault, de las que sólo había sido utilizada una parte por la señora Marie-Louise Pailleron y por Miss Mabel Silver. El señor Henri Goüin me ha confiado la muy interesante correspondencia de la señora Sand con su abuelo, Eduardo Rodrigues; la señora Bonnier de la Chapelle, cartas inéditas al editor Hetzel. Los señores Henri Martineau y Alfred Dupont me han dado útiles documentos. La señora Jacques Lion me hizo conocer al conde de Grandsagne, que no podía comunicarme las cartas de George Sand a su tío abuelo, destruidas por el hijo único de éste, pero que me dijo lo que era tradición en su familia respecto a esa correspondencia y a esa amorosa amis-

tad. En fin, la señora Jacques Suffel ha elaborado el índice de esta larga obra.

Desde hace mucho tiempo tengo el agradable deber de dar, al comienzo de cada una de mis obras históricas o biográficas, las gracias a mi esposa por sus inmensos trabajos de investigación y copia. Mi deuda con ella no fue nunca tan grande como ahora. Ha revisado y clasificado montañas de cartas, archivos y documentos. Cinco veces ha copiado este extenso manuscrito, en versiones sucesivas. Ha preparado la edición, que va a hacerse, de la correspondencia entre George Sand y Marie Dorval, así como la publicación de las cartas de Sand a Augustine Brault, Charles Marchal y algunos otros, cuyos originales posee. Por este trabajo en común, con una común pasión, vuelvo a agradecerle.

Si a pesar de tantos cuidados, trabajo y diligentes amistades, encuentra el lector todavía algún yerro, que excuse las faltas del autor. Hasta donde se hallaba a mi alcance, he tratado de dar forma a lo que hoy día se sabe sobre esa gran vida. Pero la investigación reserva siempre sorpresas; puede que mañana encuentren los eruditos fuentes que a mí se me escaparon. Si uno de ellos hace entonces mejor obra que yo, seré el primero en regocijarme.

A. M.

Primera parte

Aurore Dupin

Una mujer, anda, burgués, piensa un poco en todos los seres que lleva en si esa criatura, el uno dentro del otro: es cosa de no acabar.

PAUL CLAUDEL

La historia de George Sand es la de una mujer que, por su nacimiento, se encontró colocada en la frontera de dos clases y, por su educación, en una zona en la que se encontraban el racionalismo del siglo XVIII y el romanticismo del XIX; que, habiendo perdido a su padre en la infancia, deseó reemplazarlo al lado de una madre adorada, adquiriendo por ello un comportamiento viril; que fue confirmada en esta actitud por la educación viril que le dio un preceptor un tanto loco y por los trajes masculinos que le hizo vestir; que, a los trece años se vio independiente, dueña de una propiedad en Nohant, ama de una casa, y que intentó siempre, inconscientemente, recrear este libre paraíso de su adolescencia; que jamás pudo soportar un amo y pidió al amor lo que en la maternidad hallaba: una oportunidad de proteger a seres más débiles; que, rebelde a toda autoridad masculina, luchó por emancipar de ella a las mujeres y asegurarles la franquicia de sus cuerpos y de sus sentimientos; que ejerció así una influencia vasta y útil sobre las costumbres; que, católica en un comienzo, siempre fue cristiana y se creyó en comunión mística con Dios;

que se hizo socialista, como siguió siendo cristiana, por generosidad de corazón; que, en 1848, se lanzó en un movimiento revolucionario y, tras el fracaso de éste, supo conservar su prestigio sin renegar de sus ideas; que, habiendo violado todos los convencionalismos, tanto en su vida privada como en su vida pública, se impuso, sin embargo, al respeto de todos por el genio, el trabajo y el valor; que, extinguidas todas las pasiones, logró recrear en la casa de su infancia el paraíso perdido; y que halló finalmente en una vejez serena, activa y matriarcal la felicidad que en vano buscara en la pasión.

I. Reyes, soldados, canonesas, comediantas

Siempre es temerario explicar un carácter por la herencia. Tal rasgo de un antepasado reaparece repentinamente en la decimoquinta generación. Tal hombre de talento tiene hijos mediocres. El lecho de un notario produce a Voltaire. De todos modos, en el caso de George Sand, es natural que, quien estudie la historia de sus antecesores, prevea para ella un extraño y alto destino. Otras familias han contado con uno, dos, tres personajes sorprendentes. Entre los abuelos de George Sand, *todos* los personajes son extraordinarios. Los reyes se mezclan con las canonesas, los grandes soldados con las chicas de teatro. Como en los cuentos de hadas, todas las mujeres se llaman Aurore; todas tienen hijos, amantes, y prefieren los hijos a los amantes. Los hijos naturales llueven como el granizo, pero son reconocidos, exaltados y educados regiamente. Todos son seductores, anarquistas, tiernos y crueles. «A esta raza descortés y fuerte –dice Maurras– debía George algunos grandes rasgos de su carácter físico, la brutalidad de la vida, la audacia impudente en vivirla y no sé qué de glotón en el movimiento del deseo»^[1]. Esta crónica fami-

liar participa de la comedia galante, de la epopeya y de *Las mil y una noches*.

Los Koenigsmark, familia germanosueca, se hicieron ilustres en una época en que un soldado de fortuna podía ir de corte en corte y comandar ejércitos contra los cuales combatiera la víspera. A partir de la Guerra de los Treinta Años, figuran en el escenario de Europa. El fundador había sido el feldmariscal Jean-Christophe de Koenigsmark, soldadote rapaz, bribón, astuto y brutal. Tras de él, todos los hombres del dan se revelaron como héroes, aventureros y seductores; las mujeres, como santas o adorables pecadoras. Aurore de Koenigsmark fue, a fines del siglo XVII, una muchacha bella como el día, hermana de aquel famoso Philippe de Koenigsmark que el elector de Hannover, el futuro Jorge I de Inglaterra, hiciera asesinar por celos en 1694. Las investigaciones relativas a la muerte de este hermano la pusieron en contacto con Federico Augusto, elector de Sajonia, más tarde rey de Polonia. Con sus grandes ojos sombríos y dulces, su ingenio netamente francés y su brillante alegría, Aurore era irresistible. Augusto de Sajonia la amó como podía amar: de manera harto común. Con tal de que fuese elegante y complaciente, toda mujer para él valía lo mismo. No comprendió nada de lo que en Aurore había de delicado y aun de eminente, pero tuvo de ella un hijo que nació en 1696, fue bautizado Maurice y hecho conde e Sajonia.

Las relaciones entre los amantes habían cesado antes del parto y no se reanudaron. Aurore, abandonada, emprendió una agresiva y brillante retirada a la abadía protestante de Quedlimburgo, de la que hizo, ante el piadoso espanto de las demás canonesas, un hotel de Rambouillet y una corte de amor. En honor de Pedro el Grande dio allí una fiesta que se hizo célebre, en el curso de la cual apareció en el papel de musa y recitó versos franceses de los que era autora; aquel día cautivó a la vez al zarevitz y a la abadesa, que, sorda y muy anciana, tomó a la musa por

una santa. Aurore cantaba aires italianos acompañándose con el clavicordio, y la reina de Suecia la llamaba «mi rui-señor sueco». Corría la posta de Dresde a Viena y de Berlín a Estocolmo. En 1728 murió arruinada por los orfebres, los modistos, los boticarios y, también, por su hijo, al que amaba tiernamente y para el que abrigaba grandes ambiciones.

Este hijo, Maurice de Sajonia, tenía la hermosa figura y la alta frente de su madre. Leal y franco, de naturaleza tierna, experimentaba, como muchos hijos naturales, sentimientos de melancolía al besar los medallones de su padre y de su madre. Desde la más temprana edad demostró grandes disposiciones para la carrera de las armas. Su padre lo hizo educar duramente. Por orden suya, Maurice sólo comía sopa y pan, y debía atravesar Europa a pie y llevando su equipo. A los trece años se le rindieron honores como abanderado en el campo de batalla, y raptó a una chiquilla de su edad a la que había embarazado. Heredaba el libertinaje de su padre. Sus intrigas con la princesa de Conti, con Adrienne Lecouvreur, con la señora Favart y la duquesa de Bouillon agitaron París. Hijo de rey, durante largo tiempo tuvo, por un enfermizo deseo de hacer olvidar su bastardía, la idea fija de la dominación. Así intentó hacerse duque de Curlandia. Su madre, Aurore de Koenigsmark, y su amante, Adrienne Leconvreur, vendieron sus joyas para ayudarle. Iba a casarse con la viuda del último duque, Anna Ivanovna, futura zarina de todas las Rusias, y llegaba ya, pues, a la meta cuando cometió la imprudencia de introducir en palacio a una joven querida. Descubierto, hubo de interrumpir su caza de quimeras. El amor le costaba la corona.

Pero aquél era un tiempo en que el amor y la gloria hacían buena pareja. Es sabido que Maurice de Sajonia acabó por servir en los ejércitos del rey de Francia, con el que vino a emparentarse al hacer de su sobrina, Marie-Joséphé de Sajonia, la delfina. Ella fue la madre de Luis XVI,

Luis XVIII y Carlos X. Berlanga de reyes. Siendo protestante, el conde de Sajonia necesitaba este matrimonio para consolidar su posición en un reino católico. Condujo la negociación como sus batallas, «a tambor batiente y con la mecha encendida», escribiendo con miras a esta intriga las más bonitas cartas con la más extravagante ortografía. Este soldado iletrado amaba las ideas. Compuso unas *Rêveries* o *Mémoires sur l'Art de la Guerre* tan vivaces como francas:

Axioma: Cuantos más muertos, menos enemigos. *Consecuencia:* Dar la muerte y evitarla... ¿Doce soldados para tomar un pequeño puesto? Ni lo piense. Si al menos se tratase de doce tenientes generales... Hay más habilidad de la que se cree en dar órdenes malas; pero es preciso saber cambiarlas por buenas en el momento oportuno; nada desconcierta tanto al enemigo: ha contado con determinada cosa, y se ha acomodado a ella; en el momento en que ataca, no encuentra nada...^[2].

Es la prefiguración de la batalla de Torres Vedras. Como buen filósofo de su siglo, en esas *Revertes* se mostraba deseoso de reformas y, después de enseñar el arte de destruir al género humano, trataba de hacer conocer los medios de propagarlo: «Los matrimonios sólo deberían durar cinco años y sólo podrían ser renovados con una dispensa cuando no hubiese nacido ningún hijo durante ese tiempo». Es bastante notable que esta idea se le ocurriera al bisabuelo de George Sand.

General dichoso y merecedor de su dicha, Maurice de Sajonia llegó a ser pronto mariscal de Francia. El vencedor continuaba amando a las mujeres; y fue amado por ellas. «Es sabido –dice Marmontel– que con mucha nobleza y altivez de alma, el mariscal de Sajonia era de costumbres picarescas. Tanto por gusto cuanto por sistema, deseaba alegría en sus ejércitos, diciendo que nunca andaban me-

por los franceses que cuando se les conducía alegremente y que lo que más temían en la guerra era el tedio...»^[3]. Mantenía en el ejército una compañía de comediantas, dóciles a sus caprichos. Todas las noches había espectáculo, y desde la escena se anunciaba la batalla del día siguiente:

*Demain nous donnerons Relâche,
Quoique le directeur s'en fâche;
Vous voir comblerait nos désirs.
On doit tout céder à la gloire.
Nous ne songeons qu'à vos plaisirs;
Vous ne songez qu'à la victoire*^[4].

«Siendo universal la galante reputación de Maurice», fue en él en quien pensaron dos pequeños burgueses de París, el señor y la señora Rinteau, antepasados del señor y la señora Cardinal, cuando, en 1745, decidieron sacar partido de la extraordinaria belleza de sus dos hijas: Marie y Genevieve. La primera tenía diecisiete años; cerca de quince la segunda. El celo de aquellos excelentes padres se vio recompensado. Durante varios años, Marie fue del gusto del mariscal; le dio una mansión en París, en la que las dos hermanas se convirtieron en las «señoritas de Verrières», y en 1748 tuvo de ella a Marie-Aurore, que heredó la belleza de sus padres. Sin heredar nada más.

Marie de Verrières, que no era más virtuosa que las grandes damas de su tiempo, cayó sucesivamente en brazos del señor d'Épinay, hijo de un asentista, y del escritor Marmontel, al que se le había encargado enseñarle dicción. De regreso de un viaje a Sajonia, el mariscal «se enteró simultáneamente de los estudios dramáticos de su protegida y de la manera cómo había sabido aprovecharse de ellos». Como tenía amor propio, al morir, en 1750, madre e hija se encontraron excluidas de su testamento. Todo lo que Marie de Verrières pudo transmitir a su hija,

como recuerdos de familia, fueron una tabaquera que el rey regalara al mariscal después de la batalla de Fontenoy, un sello y el retrato de Aurore de Koenigsmark.

«La señorita Aurore, hija natural y única del señor mariscal de Sajonia», se arrojó, por medio de un memorial, a los pies de Madame la delfina, sobrina del héroe, y solicitó una pensión. Al margen de la petición: *El rey concede una gratificación de ochocientas libras a la señorita Aurore, mientras permanezca en un convento elegido por Madame la delfina*^[5]. La casa escogida fue la de las monjas de Saint-Cyr, en donde la señorita Aurore fue educada como dama de calidad. En 1766, la delfina, no pudiendo devolvérsela a su madre, quiso casarla, pero la calificación de *hija natural, de padre y madre desconocidos*, espantaba a los pretendientes deseables. Mucho sufrió la muchacha por esta humillación y, en nuevo memorial al Parlamento, pidió que se agregase al nombre de la solicitante: *hija natural de Motorice, conde de Sajorna, mariscal general de los campamentos y ejércitos de Francia, y de Marie Rinteau*^[6].

El Parlamento sancionó este reconocimiento póstumo y se encontró un pretendiente adecuado. Todo lo que George Sand escribió en la *Histoire de ma Vie*, a propósito de este primer matrimonio de su abuela y que ha sido reproducido por sus biógrafos sucesivos, es una novela muy diferente de la aventura auténtica. Sand convierte al novio en un conde de Horne, bastardo de Luis XV, y hace del matrimonio un matrimonio blanco que habría concluido, apenas tres semanas más tarde, con la muerte, en un duelo, del marido. Nada de esto es verdad. El novio era un capitán de infantería de cuarenta y cuatro años, llamado Antoine de Home.

Para celebrar el matrimonio de su hija, Marie de Verrières dio en su *folie* de la aldea de Auteuil^[7] una fiesta espléndida. Allí conoció Aurore a su medio hermano, el ca-

ballero de Beaumont, hijo de un amante posterior a Maurice de Sajonia: el duque de Bouillon.

Con ocasión de su matrimonio, Horne había sido nombrado teniente del rey en Sélestat, es decir, comandante de aquella pequeña plaza, pero pasaron cinco meses antes de la partida para Alsacia. Al llegar a Sélestat, el teniente del rey y su esposa *no* fueron recibidos, como lo relata Sand, con salvas de artillería; *no* les presentaron las llaves de la ciudad sobre una bandeja de oro, «pero ambos rebosaban de alegría y esperanzas». Llegaron un lunes; el martes, el señor de Horne «se sintió molesto por una opresión en el pecho»; a pesar de las sangrías, murió el viernes^[8] 8. Una vez más, la joven viuda se arrojó a los pies de Luis XV para que se le conservase el empleo de su esposo; pero la solicitud era absurda. ¿Cómo una mujer iba a mandar una plaza? Además, Aurore perdió entonces a su protectora, la delfina, que murió en 1767. Se instaló en un convento e insistió en sus peticiones:

Aurore de Horne al duque de Choiseul, ministro de la Guerra: Hija del señor mariscal de Sajonia, reconocida como tal por decreto del Parlamento de París, la muerte me arrebató a mi padre desde la más tierna infancia... Tengo la certidumbre de que el ministro, que dirige la guerra con tanta prudencia, generosidad y brillo... no permitirá que la hija del mariscal de Sajonia se consuma en la miseria...^[9].

El duque permaneció insensible. Cuatro años más tarde, habiendo caído Choiseul en desgracia, Aurore se dirige al nuevo ministro: «Hija del señor mariscal de Sajonia, reconocida como tal por decreto del Parlamento de París..., no pudiendo pagar la pensión en el convento al que me había retirado, me he visto obligada a salir de él»^[10]. Se había refugiado en casa de su madre, Marie de Verrières, que vivía, con su hermana Genevieve, en una hermosa mansión de la *chaussée d'Antin* y a cuenta de las liberali-